



(Moniales de Bethléem)

Carta de Pentecostés 2018
del Abad General OCist

Effatá

Discernir y acompañar hoy la llamada de Dios

Queridos Hermanos y Hermanas,

sabéis que el próximo Sínodo de los Obispos estará dedicado al tema: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. En la vida de nuestra Orden constatamos cada vez más lo urgente que es también para nosotros profundizar en el tema del discernimiento y del acompañamiento de las personas que se sienten llamadas a la vida cisterciense. Actualmente se dan no pocos abandonos, quizá después de diez o veinte años en el monasterio, motivados por un discernimiento superficial y un acompañamiento insuficiente. Por esto, y también porque muchos de nosotros se encuentran con jóvenes a la búsqueda de su vocación bautismal, he pensado ofrecer a la Orden como Carta de Pentecostés una conferencia que se me ha pedido recientemente sobre este tema en el *Teresianum* de Roma. Pienso que pueda servir como despunte para una meditación personal y comunitaria, para unirnos también a la reflexión que toda la Iglesia está haciendo en preparación del Sínodo de los Obispos. Pero sobre todo para ayudarnos a acoger responsablemente las vocaciones que el Señor nos manda o que deseamos ardientemente, sin olvidar que la urgencia mayor es la de vivir nosotros mismos con más verdad y alegría la vocación que hemos recibido.

El 1 de mayo pasado pude participar en la ceremonia de la Beatificación del Padre Janos Anastasio Brenner, mártir, que fue novicio cisterciense de Zirc en Hungría. Aunque tuvo que abandonar su Abadía suprimida, y convertirse en sacerdote diocesano, sabemos por los padres ancianos húngaros que hizo profesión en secreto y que ciertamente se consideraba monje cisterciense. Que nuestra vocación sea vivida hasta el martirio nos debe impulsar a vivirla nosotros en lo cotidiano –como Papa Francisco nos lo recuerda en su reciente Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*– con un deseo humilde y ardiente de santidad en el don alegre de la vida.

Un diseño eterno sobre cada uno

El famoso episodio de la llamada del joven Samuel (Sam 3,1-21) es una de las mejores fuentes de inspiración para comprender el fenómeno de la vocación, el misterio de un Dios que llama al hombre y, al mismo tiempo, del hombre que se siente llamado por Dios. ¿Cómo situarnos ante esto? ¿Ante este misterio en nosotros y en los demás? ¿Cómo situarnos ante el misterio de la vocación de aquellos que estamos llamados a acompañar, a educar?

Dios tiene un designio sobre cada ser humano que nace en este mundo, un designio eterno. La vocación de cada persona nace antes que ella, porque tiene un origen eterno, tiene su fuente en el misterio de Dios, y en el misterio de la relación personal de Dios con cada hombre que crea. Como Dios se lo revela al profeta Jeremías: “Antes de formarte en el seno materno te conocí, antes que nacieses te consagré; te he hecho profeta de las naciones” (Jer 1,5).

Nada nos debería definir más allá de lo que está en Dios antes de nosotros, más allá del conocimiento de nosotros que nos precede en Dios, porque es de aquel pensamiento, de aquella palabra eterna, del que somos queridos, amados, hechos y enviados. Enviados ya en la vida, enviados en el ser, en la inmensa sinfonía de la creación, en el drama de la historia, de la aventura humana, en el drama sublime de la libertad humana, creada precisamente para reconocer a Quien la hace, para amar a Quien la ama, para conocer a Aquel que nos conoce antes que nosotros mismos.

También el pequeño Samuel, cuando viene a vivir en el Templo junto al sacerdote Elí, llevaba ya en sí una vocación eterna, había sido ya concebido y había nacido señalado por un designio determinado y establecido por Dios. Pero ha de llegar un día en el que la vocación de una persona aflora desde lo profundo del misterio como una vena de agua que desde el corazón de la montaña brota finalmente en un punto concreto para comenzar a correr y apagar la sed de los hombres, para regar la tierra árida, para convertirse en arroyo, agua impetuosa, y después río largo y lento que sirve a todos como camino para alcanzar el mar.

Una novedad en la normalidad de lo real

Aquella noche todos dormían: “Y aconteció un día, estando Elí acostado en su aposento sus ojos habían comenzado a oscurecerse y no podía ver bien, cuando la lámpara de Dios aún no se había apagado y Samuel estaba acostado en el templo del Señor donde estaba el arca de Dios” (1Sam 3,2-3).

Todo estaba en calma y en silencio. Pero de repente irrumpe la novedad de una voz que llama a Samuel por su nombre. No parece una novedad, porque Samuel ya está habituado a oírse llamar. Entonces, piensa en todo aquello normal que podría acontecer: que Elí lo llamase, que lo llamase como lo había llamado decenas de veces, incluso durante la noche, para ser asistido en su vejez y ceguera. Y esto por tres veces. Por tres veces la voz de Dios llama por su nombre al niño y él reacciona como si fuese lo más normal que le pudiese suceder.

Esto es ya un aspecto del misterio de la vocación: que su excepcionalidad asume en la vida la forma de la normalidad más cotidiana. Aspecto reconfortante y tremendo al mismo tiempo. Reconfortante, porque si Dios se abaja a hablarnos como nos habla quien nos es familiar, no es necesario hacer, quién sabe qué subida, para coger su llamada. Tremendo, porque corremos el riesgo de no darnos cuenta que se trata de Él.

También el viejo Elí reacciona en un primer momento como ante un acontecimiento normal: “¡No te he llamado, vuelve a dormirte!”. La normalidad para él es que Samuel había soñado, que se había imaginado algo. Pero Samuel no reduce nunca la realidad a un sueño, tampoco las siguientes veces, jamás se dice: “¡He tenido un sueño!”, volviéndose a dormir. Dios lo llama realmente, lo llama con una voz real, y es precisamente la fidelidad

de Samuel a la realidad en la que Dios se manifiesta, la que progresivamente permitirá a Elí y después a él mismo reconocer la voz de Dios en su vida.

Me parece que en esto hay una primera indicación fundamental al afrontar toda vocación, propia o de los demás: raramente entra Dios en la vida de las personas de un modo sobrenatural. Prefiere el camino natural, de la experiencia humana elemental, el camino de la realidad al que todo hombre se abre naturalmente. Es Dios el que toma lo natural a su servicio, el que lo hace instrumento y signo de lo que Él quiere decirnos. Dios se sirve de lo natural para expresar lo sobrenatural, como en Cristo se sirvió de nuestra carne para expresar y manifestar la divinidad del Hijo. Y es siguiendo y respetando la naturaleza de las cosas, la experiencia elemental de las cosas, como se hace posible subir desde el signo a Aquél que se quiere manifestar a través de él. Una voz que despierta a Samuel en la noche, no podía ser para él más que la de Elí. Solo estaba Elí en el Templo con él aquella noche. ¿Quién otro podía llamarlo? Obedeciendo, en el fondo instintivamente, a la llamada de la realidad, Samuel corresponde a la llamada de Dios, se adentra, casi como por aproximaciones progresivas, hacia la respuesta justa a la llamada.

Este aspecto de la comprensión primeramente natural de la voz de Dios que nos llama, está presente en casi todas las vocaciones bíblicas, también en el Evangelio. Cristo se sirve de esta aproximación, de este modo natural de acercarse al llamado, también para llamar a los apóstoles: “Remad mar adentro y echad las redes para pescar” (Lc 5,4), dice a Pedro y a sus compañeros; y es en el momento en el que el velo de la acción natural, cotidiana, humanamente elemental, cae para revelar el milagro, la acción de la presencia de Dios, puede convertir en explícita incluso la vocación: “Desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10).

Jesús llamaba a Pedro para convertirle en pescador de hombres desde el comienzo, desde el momento en que le pedía remar mar adentro y echar sus redes, del mismo modo que el Señor llamaba a Samuel desde la primera vez que el niño se sintió llamado por Elí. También María se sintió llamada a tener un hijo por caminos normales –“¿Cómo será esto, pues no conozco varón?” (Lc 1,34)– hasta que el ángel no le desveló el misterio de la Encarnación por medio del Espíritu Santo. Es como si Dios quisiera siempre que cada uno se acercase al misterio a través del camino de su humanidad, sin saltarse nada, porque el misterio de Dios, y el misterio de la vocación de cada uno, se manifiestan desde dentro de lo humano, revelando su sacralidad. Nuestra humanidad se revela a sí misma como templo de Dios: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si uno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios es santo, ese templo sois vosotros” (1Cor 3,16-17).

“Entonces Elí comprendió que el Señor llamaba al joven”

Pero ¿cómo se revela que Dios mora en el templo de nuestra vida humana? ¿Dónde debe conducirnos el aproximarse a Dios a través de los caminos de nuestra experiencia humana elemental? Ciertamente, nos debe conducir a Dios, pero ¿dónde nos debe conducir dentro de nosotros, en la conciencia y experiencia de nosotros mismos?

También en esto, el episodio de la vocación de Samuel es iluminador, y nos revela también el papel esencial de quien está llamado a secundar el camino vocacional de los demás, especialmente de los jóvenes.

Elí es el primero que comprende que Samuel está siendo llamado por Dios. ¿Y cómo lo comprende? Reconociendo que no lo llama él. Esta toma de conciencia no es solo a nivel superficial. La tercera vez, Elí habría podido perder la paciencia y amenazar al niño que si lo vuelve a despertar lo habría castigado o echado del Templo. También en él, mejor aún: *primeramente* acontece en él un reconocimiento del misterio: “Entonces comprendió Elí que el Señor llamaba al joven” (1Sam 3,8). Y a pesar del hecho de no haber sabido educar a la fidelidad para con Dios a sus propios hijos, Elí afronta de un modo ejemplar la vocación de Samuel.

Ante todo, no abusa de ella, no se aprovecha de la ingenuidad del chiquillo. Tampoco le dice que es Dios quien le llama, como muchos que se complacen en decir a los jóvenes: “¡Tú tienes esta vocación! ¡Dios te llama a esto o a aquello! ¡Estás hecho para esto o para aquello!”, haciéndose jefes de un misterio que tiene su morada entre la libertad de Dios y la libertad de cada persona. Esto es un abuso tan grave como la simonía, porque hace uso de las iniciativas gratuitas de Dios (y nada es más gratuito que una llamada de Dios que elige, que elige una persona), para una gloria personal, para un beneficio, aunque solo sea de agradecimiento hacia quien se erige para ser “padre o madre de vocaciones”, como a algunos les gusta decir.

Por el contrario, Elí envía al chico hacia el misterio que lo llama. Y lo envía a verificar por sí mismo si verdaderamente aquella voz es de Dios o no. Lo invita a adentrarse en el misterio que se asoma a su vida con una discreción, un respeto, una ternura increíbles. Pensad: el Altísimo, en su Templo, viene en medio de la noche a inclinarse sobre un niño dormido para susurrarle al oído sencillamente su nombre: “¡Samuel!”

También Jesús actuará así, llamará con un respeto absoluto a la libertad de cada uno proponiendo una verificación en absoluta libertad: «Entonces, Jesús se volvió y observando que le seguían les dijo: “¿Qué buscáis?” (...) “Maestro (...), ¿Dónde vives?”. Les dijo: “Venid y lo veréis”.» (Jn 1,38-39).

Una verificación fundamental

El aspecto de la verificación, del hacer emerger la verdad de algo, sea ello un sentimiento o una experiencia, es decir, el aspecto de experimentar si es verdadero, si verdaderamente Dios llama, es fundamental, es un camino fundamental para vivir con libertad y verdad toda vocación. Si quien se siente llamado debe ser ayudado en algo, debe ser ayudado en el ser acompañado para verificar el delicado asomarse del misterio a su vida. Incluso cuando, en casos excepcionales, como para Saulo de Tarso, el irrumpir de Dios no es delicado, sino de un modo arrollador, incluso entonces, quizás sobre todo entonces, el llamado necesita de alguien que lo ayude y lo acompañe para verificar la llamada. Saulo necesitó de Ananías, de la pequeña y asustadiza comunidad de Damasco, para adentrarse en la verificación de su extraordinaria vocación. Podríamos decir que el mismo Cristo necesita de esto, quiere tener necesidad de este ámbito humano y cotidiano de su Cuerpo Místico, para permitir a sus llamadas verificarse y hacerse camino (cf. Hch 9,3-19).

Por lo tanto, ¿por qué Samuel ha de ser ayudado? Porque aún no ha tenido experiencia de aquella realidad que lo interpela. El texto lo dice explícitamente: “Hasta ahora Samuel no había conocido al Señor, ni le había sido revelada aún la palabra del Señor” (1Sam 3,7). Y la sabiduría de Elí consiste precisamente en introducir a Samuel en la verificación

experiencial de una realidad misteriosa, sobrenatural, que se asoma discretamente a su vida. A penas Elí intuye que Dios se está dirigiendo al muchacho, le propone enseguida un método elemental de verificación de este hecho, que no es cierto aún, justamente porque no está verificado: «Elí dijo a Samuel: “Vete a dormir y si alguien te llama le dirás: Habla, Señor que tu siervo escucha”» (1Sam 3,8-9).

Fijémonos que Elí no envía enseguida al joven a rezar, no le pide que vele. Al contrario: Lo manda a dormir, lo manda a vivir lo que un chiquillo hace normalmente de noche. Samuel no debe provocar nada, no debe evocar nada; debe dejar a Dios toda la libertad de iniciativa.

Pero le ofrece un método de verificación, un método que responda a la iniciativa que Dios quiera tomar: “Si alguien te llama le dirás: Habla, Señor que tu siervo escucha” (1Sam 3,9). No es una fórmula mágica, sino una palabra que quiere educar al muchacho para responder a la iniciativa de Dios, a la iniciativa de la llamada de Dios. La frase que le enseña, que le hace memorizar, con la que Samuel probablemente se quedó dormido, lo educa para ponerse ante Dios de la forma con la que el hombre puede y debe estar ante el Señor. Lo educa esencialmente a ofrecer al Dios que habla la escucha para la que el hombre es creado. Elí enseña a Samuel a estar ante Dios con una apertura que es una petición. Samuel pide a Dios que hable y ofrece a Dios su escucha. Como si dijera: “¡Señor, yo soy una necesidad de Ti, un deseo de Ti vacío y abierto!”

En la vocación, en toda vocación, se dan dos momentos: la llamada pura y simple, es decir, Dios que pronuncia nuestro nombre de mil modos, quizá a través de detalles insignificantes, pero a través de los cuales se siente uno llamado hacia Él, el corazón se siente llamado hacia Él. Y después, está la palabra de Dios, lo que Dios nos quiere comunicar. Y este hablar de Dios al llamado define cada vez más su vocación, la entretiene, la da sustancia, incluso cuando el nombre que Dios pronuncia, y a veces cambia, sintetiza ya toda la vocación de una persona: “Tú eres Simón, hijo de Juan, desde ahora te llamaré Cefas” (Jn 1,42).

Educar para la escucha

La respuesta esencial a la llamada de Dios, a Dios que nos llama por nuestro nombre, es una disponibilidad para la escucha, aún más: un pedirle a Él que nos hable, que nos diga todo, todo aquello que quiere decirnos, porque es en Su hablarnos donde la vocación se realiza, se realiza en nosotros y a través de nosotros por Dios mismo. Una vocación es siempre una obra de Dios, una creación de Dios que habla a una persona. Y la misión que cada vocación comporta, se realiza si quien es llamado se deja crear hasta el fondo por la palabra de Dios, hasta la finalidad que Dios quiere alcanzar. Responder “Habla Señor” a Dios que nos llama por nuestro nombre, significa pedirle expresamente, libremente, *pronunciar*, *expresar* nuestra vida, nuestra persona, según Su designio.

Toda vida es palabra creadora de Dios en acto, pero en el misterio de la vocación, desde la vocación bautismal, el ser formados por la palabra de Dios ha de convertirse en una realidad consciente, un diálogo libre, consentido, pedido y consentido, entre Dios y el hombre. Quien acoge una llamada, una vocación, pide a Dios *pronunciar abiertamente* la propia vida, es decir, hacerla un anuncio explícito, un *pro-anuncio*, según la etimología de “pronunciar”, un anuncio ante la persona misma, ante la Iglesia y el mundo, de aquello que Dios quiere decir, aquello que Dios quiere expresar.

En el fondo, acoger una llamada significa decir como san Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20), pero con la conciencia jovanea de que Cristo es el Verbo de Dios, la Palabra que el Padre quiere expresar en el mundo a través del soplo del Espíritu Santo.

Todo esto está total y paradigmáticamente presente en la vocación de la Virgen María, que comprende enseguida que su vocación se realiza en el cumplimiento en ella y a través de ella de la Palabra de Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Y María se deja de este modo habitar por el Verbo de Dios, de modo que cada una de sus palabras, hasta un simple saludo, se convierte en un anuncio de Él, mejor aún: un *presentarse* de Él, un acontecer de Él para quien escucha: «Entrando en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. En cuanto ésta oyó el saludo de María, la criatura saltó de alegría en su vientre. Entonces Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y a voz en grito exclamó: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a verme? Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi vientre. Dichosa tú, que has creído porque se cumplirá cuanto te fue anunciado de parte del Señor”» (Lc 1,40-45).

Samuel aprende de Elí el método para dejarse recrear por la palabra de Dios que pide formarle según un designio particular, una misión particular, que pide expresarse a través de él, a través de su vida. Este método es esencialmente la escucha de Dios, es decir, el silencio que pide a Dios que hable.

Este es un aspecto esencial en la concepción de la vocación, de la vida como vocación, y un punto crucial hoy más que nunca. No es posible educar a los jóvenes para la vida como vocación sin educar para la escucha de Dios, sin educar al silencio que solicita a Dios que hable. Estoy siempre agradecido al sacerdote que siguió los primeros pasos de mi vocación por aconsejarme rezar como Samuel, repetir como él: “¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!”. No fue una fórmula mágica para recibir respuestas inmediatas, sino un gesto que me educó para estar con sencillez y pobreza ante la llamada que sentía, y que no estaba definida, esperando que fuese Dios el que me sugiriese, cuándo y cómo quisiera, la forma que habría de tomar esta intuición, esta llamada. Y la respuesta, más que de grandes iluminaciones, fue la vida misma, el curso que tomó mi vida, diseñada por los acontecimientos, por los lados positivos y negativos de mi temperamento, de mi psicología; la respuesta vino de los encuentros que tuve, las experiencias que me fueron dadas, las necesidades de las comunidades cristianas en las que me encontré, las lecturas que me hablaron, las intuiciones sobrevenidas a mi corazón, a menudo unidas a una palabra de la Escritura, que oportunamente verificadas, han acelerado mi camino, o han provocado virajes inesperados.

El método de la escucha, el método del silencio que escucha a Dios, no es solo para la consolidación inicial de la vocación, sino que atañe a la formación permanente, mejor aún, es el método para *vivir* la vocación y permitirle dar fruto, desde el principio hasta el final. Si hay una madurez que con el paso de los años debería profundizarse en la vivencia de cualquier vocación, pienso que sea precisamente la de escuchar cada vez más a Dios y cada vez menos a nosotros mismos. Cuanto más debo hablar y expresarme en el seguimiento de la misión unida a la vocación que Dios me da, siento más vital el silencio, y siento más imprescindible el ruego del pequeño Samuel: “¡Habla, Señor! ¡Habla Tú y hazme callar, porque necesito escucharte y expresar solo tu Palabra, tu Verbo, tu Hijo Jesucristo!”

La grandeza del profeta Samuel es toda ella relativa al servicio de la presencia de Dios que le habla, y a la preferencia absoluta que Samuel otorga a este misterio en su vida: “Samuel crecía y el Señor estaba con él, y no dejó caer en vacío una sola de sus palabras. Por esto, todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel había sido constituido profeta del Señor. El Señor continuó apareciéndose en Silo, porque el Señor se revelaba a Samuel en Silo con su palabra.” (1Sam 3,19-21)

La sed distraída

Ahora bien, podemos preguntarnos, como se lo preguntan todos aquellos que hoy en día se ocupan de las vocaciones, también sencillamente de la formación familiar y de la formación escolar de los jóvenes: ¿Es posible responder hoy a la llamada de Dios? Si es necesaria la escucha, si es necesario el silencio, si es necesaria una libertad que escucha y consiente, y vive, se alimenta y se expresa escuchando a Dios, ¿tiene sentido hoy en día hablar de vocación, de vocaciones, de la vida como vocación?

Os confieso que no me planteo estas preguntas ante los jóvenes que viven en el mundo, sino sobre todo ante aquellos con los que me encuentro en los monasterios, que dicen o piensan haber hecho la elección, haber respondido ya a la llamada, haber dejado ya todo para seguir a Jesús. Son los novicios, los profesos temporales, o incluso solemnes, a veces ordenados ya de sacerdotes. En ciertos lugares, como en África, son decenas, y en otros, como en Asia, son centenas. Con frecuencia se dedican ya a los estudios filosóficos y teológicos, después de un rápido noviciado. Y es como si nadie les hubiese enseñado todavía a decir: “¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!”. Están llenos de deseo, de deseo de responder a la llamada que sienten en el corazón, y piden con humildad y urgencia ser acompañados en este camino. Me impresiona escuchar de los más jóvenes en los monasterios, en todos los continentes, la pregunta, más aún: el grito de ser ayudados, formados, acompañados, porque quieren responder, quieren seguir a Cristo con todo el corazón. Pero es como si nadie les enseñase a escuchar a Dios, a hacer silencio, a rogar Su palabra, la que les diga su vida, la que exprese el designio de Dios sobre su vida. ¿Cómo podrán vivir la vocación? ¿Qué vocación vivirán? ¿Qué misión encarnarán? Desgraciadamente, la respuesta a estas preguntas está casi siempre delante de nuestros ojos: jóvenes ya viejos, ya cansados, ya tristes, ya desilusionados, ya estériles, incapaces de anunciar, incapaces de contagiar a los demás el amor de Cristo. A la sed por el agua de la fuente de la llamada de Dios la han sustituido por el sueño de metas preestablecidas, como la profesión solemne, pero, sobre todo, la Ordenación sacerdotal, que una vez alcanzadas, se revelan como un espejismo que desilusiona, que desilusiona precisamente porque se ha anhelado como una meta, un culmen de la vida, y no como un inicio, o más bien como un nuevo inicio para permitir a Dios expresarse a Sí mismo a través de nuestra vida. Y entonces se comienza a desear lo efímero, a llenar el vacío con valores mundanos: bienes materiales, puestos de poder, relaciones afectivas alternativas a la pertenencia a Cristo y a la comunidad, el todo sintetizado en el ordenador, en la sacratísima libertad del uso y abuso de Internet, con todo cuanto allí está anexo y conexo. ¿Cómo insertar la escucha de Dios, el encuentro de un Dios que nos habla, en la vida y en el corazón de este hombre del siglo XXI, en este hombre que ya no es solo post-moderno, sino post-contemporáneo, porque no está presente en el presente en el que vive, sino que vive en un más allá o en otro lugar virtual?

A mi modesto parecer, la influencia más determinante de la cultura informática no se encuentra en la imagen, en lo que se ve o se percibe a través de ella, sino en la concepción del tiempo. El tiempo ya no dura, no debe durar ya. Todo-rápido: es el ideal de la relación con la realidad de la cultura informática. Pero esto significa que ya no hay espera, que la espera ya no es positiva, ya no es una experiencia humana positiva. Pero sin espera, ya no hay experiencia del tiempo como ámbito en el que pueda sobrevenir una novedad. Sin espera, el tiempo no puede albergar ya el silencio que aguarda una palabra nueva, es decir, la palabra de Otro. La música se convierte ensordecedora, como los discursos de los políticos que tienen éxito, es decir, un rumor que destruye la escucha. Se siente el rumor, se percibe, no se escucha. El rumor no da lugar para la escucha porque no da espacio a la libertad. Un rumor se impone, no invita como la palabra, la llamada, la música que te reclama y te pone en atención y tensión hacia la belleza.

La evangelización del hombre contemporáneo, y la vocación es en el fondo una evangelización, un ser alcanzados por el Evangelio y atraídos personalmente por él, la evangelización del hombre contemporáneo debe tener en cuenta este ensordecimiento, y debe encontrar el modo de penetrarlo. ¿Es posible aún que una voz que viene para susurrar nuestro nombre pueda ser percibida en medio de este bullicio? ¿Es aún perceptible la llamada de Cristo a la puerta de quien desea encontrar para compartir la cena y la vida? Es como si hoy Cristo estuviese encerrado en la habitación, y llama desde dentro para llamar al llamado que está fuera en medio del tráfico de la ciudad. ¿Cómo podrá ser oído?

Una sordera inocente

Quizá debemos comenzar a darnos cuenta que este problema, aunque hoy parece estar acentuado, no es nuevo. ¿No es cierto que el Dios de Israel, Moisés, los profetas, han tenido que tratar con un pueblo duro de oído para escuchar la voz del Señor? Y Jesús, ¿no ha perdido quizá la paciencia ante la sordera de corazón, no solo de la multitud, de los escribas y fariseos, sino también de sus mismos discípulos? “¿Aún no comprendéis? ¿Tenéis el corazón endurecido? ¿Tenéis ojos y no veis, orejas y no oís?” (Mc 8,17-18).

Sí, estamos hechos para escuchar la palabra de Dios, todo hombre está hecho para esto, tiene orejas para esto, al igual que ojos para ver las obras del Señor. Entonces ¿por qué no se mira, por qué no se escucha? Quizá la respuesta es sencilla: porque no podemos, no somos capaces de ello, estamos verdaderamente sordos, estamos verdaderamente ciegos. La sordera a la palabra de Dios no es una elección, sobre todo en los jóvenes, sobre todo en el hombre contemporáneo. Lo es en nosotros, lo es en los discípulos de Jesús, en los apóstoles, y por esto, Cristo tiene razón al enfadarse con ellos, con nosotros. Pero en los jóvenes, en la humanidad contemporánea, no se trata de una sordera responsable. Jamás como hoy en día el clima cultural es una condición sufrida, no libre, precisamente porque los medios de penetración de este clima cultural, con su rumor, son capilares y solapados, y provocan una patología de sordera de corazón que se podría llamar autoinmune.

¿Qué posición tiene Cristo ante todo esto, ante esta condición de la multitud? ¿No es quizá la compasión? “Siento compasión por la multitud. Ya llevan tres días conmigo y no tienen qué comer. No quiero despedirles en ayunas, para que no se desmayen en el camino” (Mt 15,32). Si Jesús sintió compasión por la falta de pan, ¿no la sentirá aún más intensa por la falta de lo que es más necesario que el pan, es decir, “de toda palabra que sale de la boca de Dios”? (cf. Dt 8,3; Mt 4,4). Nunca es fecundo para el Reino de Dios afrontar los

problemas del mundo y de la Iglesia partiendo solamente de un análisis fenomenológico y sociológico de la situación. Por esto, no habría sido necesario que el Hijo de Dios viniese al mundo. Sin embargo, ha venido y ha traído la novedad de Su mirada, que es una mirada eterna que penetra el tiempo, la historia, los corazones, como nada ni nadie pueden penetrarlos.

¡Con qué compasión miraría Cristo hoy en día a la multitud, a los jóvenes, que están hambrientos de la Palabra que sale de la boca de Dios, que están hambrientos de Él, de su presencia, de su Evangelio! Si se preocupaba de que la multitud no se marchase hambrienta de pan, “para que no se desmayen en el camino” (Mt 15,32), ¿no tendría compasión del camino del hombre de hoy en día que vive su vida hambriento de la palabra de Dios, de la presencia de Dios, y no solo de tres días, sino desde siempre? En cada época de la historia, Dios siempre ha enviado profetas y santos capaces de encarnar la mirada de Cristo sobre la multitud perdida sin pastor. También nuestra época es riquísima en estas miradas de compasión, transparentes a la mirada de Cristo sobre el mundo. Basta pensar en los Papas.

Recomenzar desde el *Effatá* de Cristo

Pero si Cristo siente ciertamente compasión por la sordera y ceguera del mundo humano de hoy, ¿es que no quiere o no puede gritar su “*Effatá*” sobre este mundo, sobre estos jóvenes?

Benedicto XVI comentaba el evangelio de la curación del sordomudo, en Mc 7,31-37, diciendo que la palabra “*effatá*” “en su sentido profundo— resume todo el mensaje y toda la obra de Cristo”. Y añadía: “Todos sabemos que la cerrazón del hombre, su aislamiento, no depende sólo de sus órganos sensoriales. Existe una cerrazón interior, que concierne al núcleo profundo de la persona, al que la Biblia llama el «corazón». Esto es lo que Jesús vino a «abrir», a liberar, para hacernos capaces de vivir en plenitud la relación con Dios y con los demás. Por eso decía —continúa el Papa Benedicto— que esta pequeña palabra, «*Effatá*» —«ábrete»— resume en sí toda la misión de Cristo. Él se hizo hombre para que el hombre, que por el pecado se volvió interiormente sordo y mudo, sea capaz de escuchar la voz de Dios, la voz del Amor que habla a su corazón, y de esta manera aprenda a su vez a hablar el lenguaje del amor, a comunicar con Dios y con los demás” (*Ángelus*, 9 de septiembre de 2012).

Pero entonces, ¿dónde está el problema? Si Cristo mira el mundo de hoy con compasión por la Palabra de vida eterna que no recibe, y si solamente Él puede y quiere abrir con su “*Effatá*” el corazón de todo hombre; si esto es lo esencial de su misión, y por lo tanto, de la misión de la Iglesia, comprendemos que el verdadero problema, la verdadera cerrazón está en nosotros, en quien, por una u otra razón, sin duda por una gracia no merecida, conoce la palabra de Dios, conoce la mirada de Cristo, está ya abierto por un “*Effatá*” bautismal dirigido a él personalmente. El problema no es el mundo, no son los jóvenes, no es Internet, o quién sabe qué otra cosa: el problema es nuestra fe, nuestra falta de fe que impide a nuestra vida encarnar y transmitir al mundo esta palabra que Jesús expresa en un suspiro, en una expiración profunda hasta el corazón de la Trinidad.

En el episodio de la curación del sordomudo, del hombre cerrado a la relación, cerrado a la escucha y a la palabra, cerrado a la comunión con Dios y con los demás, es como si el gesto de curación de Jesús convocase a toda la Trinidad: «Lo tomó aparte, lejos de la

multitud, le puso los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua y mirando hacia el cielo suspiró y le dijo: “*Effatá*”, es decir: “¡Ábrete!”» (Mc 7,33-34). Todo alude a la presencia encarnada del Verbo, a su confianza orante al Padre de los cielos, y al soplo del Espíritu Santo. El amor trinitario viene como a concentrarse en el *Effatá* de Cristo, que restituye al hombre su naturaleza y vocación de imagen de Dios, en la escucha y la palabra que permiten la relación de amor recíproca.

La fe nos permite adherirnos a Cristo, identificarnos con Él, precisamente en su misión de mediador entre la Trinidad y el hombre querido y creado para reflejar la Comunión, viviendo en la comunidad cristiana, en la Iglesia, como miembro viviente y armonioso del Cuerpo de Cristo.

La gran urgencia de la Iglesia, la gran urgencia de los cristianos, es la de adherirse a este Cristo, extendido, como en la Cruz, entre el amor del Padre y la miseria del hombre. Antes de preguntarnos qué técnicas o qué tácticas adoptar para despertar y educar a los jóvenes en la vocación cristiana, bautismal, en todas las formas que esta pueda tomar, la urgencia de la fe y de la caridad es la de identificarnos realmente, no formalmente, al Cristo de este evangelio, que es el Cristo de todo el Evangelio.

Podemos preguntarnos: ante el hombre de hoy, los jóvenes de hoy, el mundo contemporáneo, ¿nos unimos a Cristo que toca al hombre en su capacidad bloqueada de relación?, es decir: ¿le hacemos compañía? ¿Estamos con él de cerca, estamos próximos a él hasta tocarlo, hasta sentir “el olor de las ovejas”, según la famosa expresión del Papa Francisco? Pero también: ante el hombre encerrado en sí mismo, ¿levantamos la mirada del corazón, de la oración, de la fe, al Padre bueno y misericordioso, llenos de un ruego filial, confiado en que Él nos escucha siempre, nos acoge siempre, incluso si le pidiéramos la resurrección de un muerto (cf. Jn 11,41-44)? Y desde esta oración, desde esta confianza en el Padre, ¿alcanzamos aquel “soplo”, aquel gemido del Espíritu que unido a la palabra de Jesús tiene el poder divino de abrir el corazón, la mente, la vida de cada hombre a la amistad con Dios y con todos?

Me parece que evitando estas preguntas, corremos el riesgo de plantearnos siempre el problema de la misión de la Iglesia y de la pastoral vocacional con una mentalidad mundana, que no tiene que ver con el misterio de Cristo. Es verdad, todo se utiliza, todo puede ser un instrumento útil y eficaz, pero si falta el corazón trinitario y cristocéntrico en nuestro afrontar la condición humana, nuestra y de los demás, resultarán vanos todos los instrumentos, porque el núcleo de la cuestión no es solamente hacerlo mejor, o corregir aquello que no va bien, sino resucitar una vida, reavivar un carisma, una gracia divina. Y esto solo puede hacerlo Dios, y la fe que nos hace instrumentos de Él.

Queridos, ¡confiemos unánimes nuestros corazones en la oración al don sin medida del Espíritu Santo, para que más allá de nuestra fragilidad y de las pruebas que atravesamos, no nos falte la esperanza de poder vivir siempre nuestra vocación con fe y en la caridad!

En profunda comunión en el Cenáculo de Pentecostés, vuestro



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist